

Doña Constanza le amaba con el delirio del primer amor.

El rey pagó con otro beso el beso de su esposa, la asió por la mano, la llevó al sillón que habia abandonado, tomó otro, se sentó junto á ella, y la dijo:

—Tenemos que hablar mucho, señora.

—¡Oh! yo tambien tengo que deciros mucho, esposo y señor.

—Pues oid, dijo el rey.

—Escucho, contestó la reina inclinándose hácia él y asiendo con sus dos pequeñas manos la mano del rey.

CAPITULO IV.

EN QUE SE VE QUE EL REY Y LA REINA DOÑA CONSTANZA TRABAJABAN POR SU CUENTA Y CONSPIRABAN CONTRA LOS CONSPIRADORES.

I.

—Pero ¿qué teneis, señor? dijo asustada la reina al ver á la luz de la lámpara que ardia sobre la mesa, de lleno y por completo el semblante pálido, bilioso y descompuesto del rey.

—Hay cosas, señora, que cuando se oyen nos abrasan los oidos, el corazon, el alma; hay cosas que nos parecen imposibles, hijas ponzoñosas de la calumnia y de la infamia; hay cosas que no queremos creer y de las cuales no podemos dudar, porque parece increíble que tales cosas se digan siendo falsas.

—¿Qué es eso? ¿qué decís de calumnias, señor? exclamó doña Constanza: ¿se ha atrevido alguno á poner en vuestra esposa la lengua infame?

—¡Ah! no, no se trata de vos, se trata de mi madre.

—¡Ah! exclamó doña Constanza tranquilizándose y dejando ver en sus hermosos ojos azules una chispa de alegría, porque odiaba á la reina madre: ¿y qué dicen?

—Dicen que mi madre es mi enemiga.

—¡Pues mirad qué cosa! dijo doña Constanza: lo mismo me decia esta tarde el conde don Juan Alfonso de Alburquerque.

—¿Y qué os decia?

—Me decia: «El rey es inocente, confia en su madre, y cree que por él ha peleado y sufrido la reina; ¡ah! van á suceder grandes cosas, y Dios quiera que podamos salvar al rey.»

—¿Eso ha dicho?

—Y otras muchas cosas: que la reina es avara, que ha robado las rentas reales, que para aliviar de tributos á nuestros reinos y hacerse con su afecto, ha dispuesto de lo que no era suyo; que á los mejores hombres del reino, á los que mejor os hubieran ayudado á reinar, los ha perseguido, los ha desterrado y los ha obligado á rebelarse.

—¿Y quiénes son esos hombres, señora, tan leales á mí que yo no los conozco?

—Desengañaos: aquí no hay mas lealtad que el interés, y al que mas paga á aquel se le sirve mejor, y aquel es el mejor que mas da: dicen que si el infante don Juan ha andado desavenido con vos, y que si se ha rebelado don Juan Nuñez, y que si el infante don Enrique anda disgustado y reacio, y que si otros muchos hombres buenos y caballeros andan fuera de estos reinos, y que si nuestros vasallos se mueren de hambre, de todo es la causa la reina, que no quiere tener junto á sí á quien pueda refrenarla, y que, insaciable de dinero, ha reducido sus reinos á la miseria en fuerza de sacarles tributos.

—¿Eso dice Alburquerque?

—Y eso dice tambien mi noble padre, que afirma que si no se acude pronto al remedio, os quedareis sin corona.

—¿Tambien eso? dijo el rey: ¿tambien dice eso el señor rey de Portugal?

—Lo dice todo el mundo, contestó la reina doña Constanza, que era, como ven nuestros lectores, un eco de lo que acababa de oír el rey en la huerta del alcázar.

—Pues bien, dijo el rey despues de haber oido todas las infamaciones que habian salido de la pequeña y linda boca de la

reina doña Constanza contra la reina doña María; todo eso acabará muy pronto; estoy decidido á hacer conocer á todo el mundo, que no es tan fácil arrancar la corona al hijo primogénito del rey don Sancho el Bravo: me separo de mi madre, y me voy á Leon con don Juan Nuñez de Lara.

—¡Ah! ¿y os vais solo? exclamó con cuidado doña Constanza.

—¡Solo! ¡sin vos! ¡imposible! no podria vivir sin vos; os amo mucho, señora mia.

—¡Ah! no hareis mas que pagarme, señor, porque yo os adoro, y me causaria gran pesar el apartarme de vos.

—¡Ah, no! vendreis conmigo.

—¿Y vendrá tambien vuestra madre?

—¿Cómo ha de venir mi madre, si de ella me separo?

—¿Y no vais á ir á Vitoria para el pleito que nos ha puesto el rey de Francia?

—Irá mi madre sola: ¿para qué me necesita? ¿no es ella la reina? ¿no es ella la que en mis reinos lo hace y lo deshace todo? ¿qué necesidad tiene de mí?

—La reina no permitirá que os separeis de ella.

—¡Ah, sí! porque nada sospecha, y yo la pediré licencia para ir de caza algunos dias, acompañado de don Juan Nuñez, y llevándoos á vos, por supuesto, porque á vos os agrada tambien mucho la montería.

—¡Ah! tengo un traje nuevo de bellorí verde con oro, que no me lo he puesto aún, y el rey mi padre me ha enviado una hacanea ruana que aún no he montado: ved qué buena ocasion: ¡ah! voy á mandar que me busquen algunas buenas javalinas, y que me preparen aquella buena ballesta de marfil y acebo que vos mandásteis hacer para mí en la Judería de Toledo.

—Fué mi madre, dijo el rey con voz sorda: y por cierto que la costó buena cantidad de maravedises, por lo labrada que está á maravilla, y por que todos los juegos son de oro.

—Sí, dijo con impaciencia doña Constanza; pero vos me la dísteis: ¿y qué quereis que haga la reina mas que halagarnos para confiarnos? tambien me ha dado un alhate de perlas, que no tiene otro igual ninguna reina, y que lo trajeron á Vallado-

lid unos ricos mercaderes de joyas: ¡ya lo creo! para dominar á las gentes hay que halagarlas; pero guarda la ponzoña que ocultan esos dones.

La jóven reina era infinitamente mas ambiciosa que el rey, y aborrecia de muerte á la noble, á la desventurada reina doña María, porque mantenía al rey en una sábia y prudente tutela.

II.

—¿Y qué dice don Juan Alfonso de Alburquerque? preguntó el rey.

—Dice que si vos tuviérais valor, os libertaríais y me libertarías á mí de la dura sujecion en que nos vemos, pobres, desestimados de todo el mundo porque no tenemos poder para nada ni por nadie podemos hacer nada: ¡qué reyes! ¡llevados con andadores por vuestra madre, y pensar que vuestra madre no os ama y que piensa desheredaros!

La jóven reina charlaba de memoria todo lo que la decía Alburquerque, obedeciendo las instrucciones de su señor el rey de Portugal.

—Y bien, dijo el rey; ¿no os ha dicho el conde don Juan Alfonso con qué podemos contar si me separo de mi madre?

—¡Ah, señor! dijo animándose la reina: podemos contar con Portugal de una parte, y con la guerra que hará á la reina Francia.

—Pero la reina tendrá en su ayuda, si son ciertas sus intenciones, á Aragon, con el heredero de cuyo reino pretende casar á mi hermana doña Isabel.

—Aragon se vendrá con nosotros cuando vea que contra nosotros no puede hacer nada porque somos demasiado fuertes; el rey de Granada se pondrá tambien de nuestra parte si le prometemos darle la villa de Tarifa cuando nos haya servido bien; tenemos además á nuestro tío el infante don Juan, que no ha renunciado á la corona de Leon, á don Juan Nuñez, al maestre

de Calatrava, al de Santiago, á gran número de ricos hombres y caballeros, y sobre todo al infante don Enrique.

—¿Y qué habremos adelantado? dijo el rey: los moros nos habrán quitado á Tarifa y algunas villas y castillos mas en la frontera; vuestro padre el rey de Portugal nos habrá quitado la mitad de Estremadura; el rey de Aragon, el reino de Murcia, mas aquello de que se apodere en las fronteras de Castilla; el rey de Francia, la parte que de Navarra nos pertenece; el infante don Juan, los reinos de Leon y de Galicia, sin contar con que puede ser que tengamos que dar un infantazgo ó una corona á don Alfonso de la Cerda; don Juan Nuñez se tomará en pago la mitad por lo menos de lo que nos quede, y el infante don Enrique nos exigirá pleito homenaje para que le conservemos la guarda de los cuatro pasos de terreno que nos hayan quedado por reino, para toda su vida.

—¿Sabeis lo que dice Alburquerque, que es un hombre de mucha experiencia? Los traidores son muy buenos para usar de ellos mientras se les paga; la cuestion es quitarles luego todo lo que se les ha dado para que nos sirviesen, cuando no nos hagan falta: ¿qué ha hecho la reina doña María? dar, dar, ceder á todo, valerse de los unos contra los otros, dividirlos, debilitarlos, vencerlos, dominarlos; triunfemos de la ambicion de vuestra madre, y despues podeis contar con el bravo reino de Portugal, y con los que hayan tomado de vos para llegar al punto en que vuestra madre se ha puesto, y entonces, ni se le dará al moro Tarifa, ni se consentirá en que los reyes de Aragon y de Francia se apoderen del reino de Murcia y de la Navarra castellana, y con cortar las cabezas al infante don Juan, á los Haros, á los Laras, á los grandes traidores, y con que se muera el infante don Enrique, que como dice muy bien Alburquerque, es ya viejo, y debe morir de un momento á otro, sereis sin oposicion y sin estorbo alguno rey de todos vuestros reinos.

—¿Sabeis que no piensa mal el conde don Juan Alfonso? Pero ni él, ni vos, ni nadie, han contado con lo que aman mis reinos á mi madre, y con que los concejos son capaces de perecer por ella.

—Porque los engaña, porque la creen buena madre vuestra y gran madre de la patria; pero cuando sepan que os ha robado á vos y á ellos, cuando sepan cuáles han sido las intenciones que ha tenido ocultas, cuando llegue un dia en que resplandezca la verdad, la arrojarán de sí con tanta ira como amor la han mostrado defendiéndola por creerla buena.

—¡Ah! exclamó el rey: ¡casar á mi hermana doña Isabel con el infante don Alfonso de Aragon! ¡tener mi madre tratos secretos con Guzman el Bueno!

—¡Ah! ¡y no sabéis que la pobre doña María Alfonso Coronel está muy enferma? la ha ido matando lentamente la memoria de su hijo, degollado delante de los muros de Tarifa.

—¡Pobre madre! exclamó conmovido el rey: ¡gran caballero!

—Sí, pobre madre, sí, dijo la tenaz doña Constanza; y gran caballero, sí, gran caballero, si no guardara bajo esa apariencia de grandeza una miserable traicion.

—Sí, sí, ya sé lo que dicen, contestó el rey, que queria evitar que los rosados labios de su jóven esposa le repitiesen lo que le habian dicho los lívidos y convulsos de don Juan Nuñez de Lara; sí, sí, ya sé, pero me parece imposible.

—Nada hay imposible, señor, respondió la jóven reina, que era un eco de lo que oia al conde don Juan Alfonso de Albuquerque, al infante don Enrique, á don Juan Nuñez de Lara y á algunos otros del partido del rey contra la reina, de los cuales doña Constanza estaba siempre rodeada: vos no sabéis hasta qué punto la hipocresía puede tomar la apariencia de la virtud; vos no sabéis cuánto una cosa puede ser lo contrario de lo que parece, y sin mas andar, ahí teneis á la infanta doña María de Granada, que parece lo que no es.

—¡Bah! dijo el rey: acerca de eso no puedo dudar, porque sé bien lo que es la infanta doña María.

—¡Y qué es esa señora? dijo con la espresion de quien propone un acertijo la jóven reina.

—Pues, dijo el rey; es lo que acabais de decir, una señora, y una señora admirable.

—Mas acertado andaríais si dijérais que es un caballero, y

un admirable caballero, porque, á la verdad, lo que se cuenta del caballero del Aguila Roja es admirable.

—Os afirmo, dijo el rey, que si todo lo que se dice de mi madre y de Guzman el Bueno es tan cierto como lo que se dice de doña María de Granada, haria muy bien mi madre, descubriéndolo, en ahorcar á los que de tales infamias se ocupan.

—Señor, dijo doña Constanza, asustada por el aspecto airado que habia tomado el rey al decir estas palabras; no parece sino que á mí me creéis calumniadora, y que deseais que me ahorquen por lo que digo.

—Líbreme Dios de tal pensamiento; vos no haceis mas que repetir lo que oís.

—Lo que se dice por todo el mundo, lo que se sabe de pública voz y fama.

—De pública voz y fama se dicen muchas infamias, dijo el rey; infamias que todo el mundo cree, que todo el mundo repite, porque la multitud es ignorante, crédula y mal criada, y gusta de ocuparse de indignidades; pero yo os puedo probar que doña María de Granada y de Molina es una mujer, una dama que posee el corazon y la bravura de un hombre, la lealtad y la nobleza de un caballero, la virtud de una santa, y la dulzura y la resignacion de un ángel.

—¡Oh, señor, y qué elogios! dijo con acento celoso la reina.

—Elogios merecidos, y que no deben inquietaros, porque conozco yo desde muy niño, como la conoceis vos, á doña María de Granada, y no una pasion bastarda es lo que me inspiraba, sino admiracion y respeto, ya como cuando ahijada de mi madre la ha servido, la ha amado, la ha ayudado en nuestra educacion, ya cuando como capitán franco, al frente de una brava compañía, armada y terrible, la ha defendido heroicamente de sus enemigos, hasta el punto de ser herida gravemente en Mayorga: ¡ah! no, no; conozco bien á doña María, conozco harto á Guzman el Bueno, sé que si á alguien ama don Alfonso Perez de Guzman, no es ciertamente á la viuda de su señor el rey don Sancho; sé que si á alguien ama la infanta doña María, no es como caballero encubierto bajo un traje de mujer lo cual

desmiente el solo aspecto de la infanta, á mi madre, no; esas son calumnias é iniquidades; yo sé á qué atenerme; no soy ya un niño; he visto mucho, he sufrido mucho, y mis diez y ocho años valen por cincuenta; yo no creo que mi madre se haya olvidado de su dignidad; no, no lo puedo creer, la conozco bien: el dia en que por fin sea yo rey, anegaré en sangre todas esas calumnias; lo que no quita que crea lo que veo, lo que basta para que me separe de mi madre, y para que, si no como hijo, como rey, la haga, si es necesario, la guerra; sí, sí, creo en sus proyectos de casar á mi hermana doña Isabel con el infante don Alfonso de Aragon; mi hermana es muy niña, y mi madre puede conservar por largo tiempo su tutela; mi madre se ha acostumbrado á mandar y á gobernar, y procurará alargar cuanto pueda su mando y su gobierno. ¡Ah! eso no será, no; estoy decidido; mañana mismo pido á la reina licencia para irme á cazar unos dias con don Juan Nuñez, y como os amo mucho, os llevo conmigo; despues, Dios dirá.

—En efecto, dijo la reina, al ver que si el rey defendia por una parte á su madre la acometia por otra, y que la situacion iba bien; es muy posible que esta gente que nos rodea calumnie á vuestra madre, porque esa gente es capaz de todo.

—¡Ah! dejadlos hacer, dejadlos hacer: hagámonos los ignorantes, los crédulos, mientras no tengamos fuerzas; pero el dia en que las tengamos, que vean con una sorpresa de miedo que se han engañado todos, y el primero vuestro padre.

—¡Mi padre! dijo la reina.

—Sí, vuestro padre; tanto conspira contra nosotros el rey de Portugal, como mi madre y como todos los otros ambiciosos que nos rodean y que nos están mintiendo siempre lealtad y cariño: desengañaos, doña Constanza: todos van por su granjería, y es necesario que nosotros vayamos tambien por la nuestra; pero prudencia, por Dios, señora mia, prudencia; aún no habeis cumplido diez y seis años, y aunque sois de muy buen ingenio y habeis aprendido mucho, porque en la córte se aprende mas de lo que se quiere, especialmente cuando la córte va de acá para allá, perdida en la guerra civil, rodeada siempre de egoistas y de trai-

dores, pueden engañaros, engañaros hasta tal punto, que un dia os vuelvan contra mí como os han vuelto contra mi madre.

—¡Oh! eso no, señor, dijo la reina, rodeando sus hermosos brazos al cuello del rey: yo os amo, yo os adoro, sois mi vida, mi alma, y nadie puede volverme contra vos porque yo soy una parte de vuestro sér, y no podria separarme de vos sin morir.

—Lo sé, doña Constanza, lo sé, dijo el rey, estrechando la esbelta cintura de su esposa: yo os amo tambien hasta el punto de perecerme por vos; yo no tengo de vos desconfianza alguna; pero no desconfieis de mí por mas que os digan, por mas que me calumnien, porque podrá suceder que os acometan valiéndose de los celos.

Y el rey se acordaba entonces de doña Estrella de Velasco, en busca de la cual habia ido al monasterio de las Huelgas de Valladolid don Alfonso de Benavides.

—¡Ah! ¡no! ¡nunca! ¡jamás podrán apartarme de vos, señor! dijo la reina, conmovida, mirando con un amor infinito al rey.

—Eso creo, eso deseo, y eso espero, dijo Fernando IV: ayudadme, esposa mia, ayudadme, y los que hoy se rebelan contra mi madre, los que nos ayudan hoy, se rebelarán mañana contra nosotros, y ayudarán al primero en quien vean esperanzas de acrecentamiento: prudencia, mucha prudencia, y puesto que ellos quieren engañarnos, engañémoslos nosotros; ahora, recojámonos, doña Constanza; me parece que por haber estado algun tiempo al sereno, y en lugar húmedo, me ha acometido de nuevo la cuartana, y no quiero separarme de vos.

—¡Oh! no, no, señor; yo velaré por vos toda la noche.

—Creo que esto pasará en cuanto me recoja.

Y levantándose y llevando siempre rodeada la cintura de su jóven esposa, desapareció con ella detrás de los tapices de una de las puertas de la cámara.